

La relación entre formas de lucha
y organización gremial:
notas a propósito de Charles Tilly
Gabriela Noemí Scodeller¹

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo es poner a consideración las herramientas teórico-metodológicas que propone el paradigma estadounidense de la interacción estratégica actualmente hegemónico junto con el paradigma europeo de la identidad, para el estudio de un actor social por ambos considerado como clásico o “tradicional”: el movimiento obrero. Nos interesa reflexionar en torno a su fuerza explicativa a la hora de abordar procesos que tengan a los trabajadores como protagonistas, ya sea en la actualidad así como en el pasado. Sin embargo, dada la extensión y complejidad del tema abordado, en el recorrido que proponemos en estas notas realizaremos un doble recorte.

En primer lugar, limitaremos la mirada a una problemática en particular dentro de la diversidad de temas vinculados con el estudio de los movimientos sociales, profundizando en el abordaje de la cuestión organizativa en relación con las formas de lucha



¹ Universidad Nacional de Cuyo, Argentina. Correo electrónico: g_scodeller@yahoo.com.ar

que asume el movimiento y sus transformaciones. Puntualizamos nuestro recorrido sobre este eje por la importancia que ha tenido dentro de las propuestas teóricas mencionadas. Efectivamente, el elemento organizativo constituye un primer punto de diferenciación entre los paradigmas estadounidense y europeo.

Por un lado, podemos establecer una distinción en torno al lugar que se le otorga a lo organizativo en lo que refiere a explicar los procesos de surgimiento y desarrollo de la acción colectiva. Mientras que para los autores estadounidenses los recursos organizativos son los elementos que explican el surgimiento y supervivencia de un movimiento social, para los analistas europeos dicho lugar lo ocupan las identidades colectivas y culturales. Por otro lado, a la hora de observar o explicar cómo es que las formas organizativas impulsan o frenan la acción de los sujetos, mientras los primeros sostienen –aunque con matices entre ellos– el rol fundamental que juegan las organizaciones formales tanto en el surgimiento como en el desarrollo de los movimientos, los segundos resaltan la oposición entre “nuevos y viejos” movimientos sociales, con una fuerte correspondencia en lo que hace a las formas organizativas que cada uno asume.

En segundo lugar, por la diversidad de matices que pueden encontrarse al interior de cada uno de los paradigmas de interpretación vigentes, nos abocaremos a la obra de Charles Tilly, puesto que este autor ha dedicado especial atención a la aplicación del modelo teórico de la interacción estratégica, más específicamente de la Teoría de las Oportunidades Políticas, así como al estudio del movimiento obrero y sus formas de lucha y organización, tomando a la huelga como principal elemento observable de la conflictividad obrera. Nos detendremos un momento en el estudio que Tilly realiza junto con E. Shorter sobre las huelgas en Francia entre 1830 y 1968 (Shorter y Tilly, 1985).

Antes de introducirnos en este tema resulta necesario explicitar la vinculación que establecemos entre actores que comúnmente aparecen como escindidos para la teoría social. Mientras que durante el siglo XIX la denominación de movimiento social era prácticamente un sinónimo de movimiento obrero (Pérez Ledesma, 1994: 59), en la actualidad este último apenas si estaría contemplado dentro del campo de los estudios de los movimientos sociales. La escena ha

sido tomada por nuevos actores, con novedades e innovadoras formas de expresarlos, resultado de una aparente “desaparición” o “pérdida de centralidad” de la clase obrera, dadas las transformaciones ocurridas en el ámbito del desarrollo del capital (Vilas, 1995; Íñigo Carrera, 2006-2007: 53-63; Izaguirre, 2006-2007: 100-115). Sin embargo, debido a que dicha escisión nos resulta propia de la lógica contemporánea de fragmentación del conocimiento, sostenemos la necesidad de comprender al movimiento obrero dentro de un campo más grande, como lo es el de los movimientos sociales, dado que los mismos comparten un amplio conjunto de problemas teórico-prácticos, tanto en lo que concierne a su estudio y análisis como en lo que se refiere a su desarrollo histórico concreto.

EL CAMPO DE PROBLEMAS

Si intentáramos esbozar un estado de la cuestión en la formulación de problemas referidos al elemento organizativo en las distintas teorías sociales, encontraríamos que a partir de los clásicos desarrollos realizados por M. Weber y R. Michels, según los cuales toda organización evoluciona hacia su burocratización, distintos científicos sociales se han preguntado por la influencia de la forma organizativa en la realización de los objetivos y en el desarrollo de un movimiento. ¿Qué estructuras facilitan, o por el contrario frenan, el desarrollo del movimiento?; ¿representan las instituciones necesariamente la fase de madurez de un movimiento, mientras que éstos expresan un estadio inicial de una organización en formación?; ¿cómo influye la forma organizativa que asume un movimiento social en su surgimiento y desarrollo?

Por otro lado, numerosos teóricos ponen en relación la cuestión organizacional con las formas de acción que asume un movimiento planteando, en líneas generales, que en la medida en que el movimiento tiende a institucionalizarse, abandona paulatinamente las formas de acción no convencionales o disruptivas, sugiriéndose de esta manera una correspondencia entre las formas de lucha y el contenido de la misma.

Más recientemente, como lo señalaron M. Zald, J. McCarthy y D. McAdam, las investigaciones giran en torno al análisis comparativo de las “infraestructuras organizativas” que posibilitan la comprensión de ciertos patrones históricos de movilización; al estudio de las relaciones entre forma organizativa y tipo de movimiento; o a las posibles influencias de la “cultura organizativa” de un país o de las estructuras estatales en un movimiento social (McAdam, McCarthy y Zald, 1999: 25-26).

En los autores de los paradigmas de la interacción estratégica o de la identidad podemos encontrar que la problemática toma diversas aristas: la diferencia o similitud entre las formas organizativas que se dan a sí mismos tanto los movimientos sociales como las organizaciones formales o tradicionales; las vinculaciones que se establecen entre movimientos sociales y formales: si uno deriva históricamente en el otro, si se nutren e influyen mutuamente en un mismo lapso temporal, etcétera; la relación o el “paso” de formas más espontáneas o “puras” de organización y de acción a formas más institucionalizadas o formales; el lugar que ocupa el elemento organizativo a la hora de explicar el surgimiento o desarrollo de un movimiento, o su importancia a efectos de lograr sus metas; si el énfasis está puesto en factores organizativos internos o externos al movimiento en sí; la relación establecida entre las formas organizativas y el contenido político de las luchas; la explicación de cómo distintas formas organizativas frenan o impulsan el desarrollo de un movimiento social; los cambios en las formas de acción colectiva en relación con el proceso de institucionalización o estructuración de un movimiento; la vinculación entre forma organizativa y los niveles de conciencia o con la identidad de un movimiento; entre muchas aristas más que podrían mencionarse.

A continuación nos detendremos en la relación que se propone entre formas de acción colectiva y organización en el mencionado análisis que Charles Tilly –uno de los principales exponentes de la Teoría de las Oportunidades Políticas– ha realizado, junto con E. Shorter, sobre las huelgas en Francia. Nos centramos en este trabajo por ser uno de los pocos que estando ubicados dentro de las nuevas teorías del conflicto social se detienen en el estudio de la clase obrera; y, además, por tratarse de una obra que, salvo en contadas excepciones (Bolos, 1999; Köhler *et al*, 2007), no es tomada como referencia dentro de la producción de Tilly.

LA CUESTIÓN ORGANIZATIVA Y LA ACCIÓN COLECTIVA

Al ubicar sus análisis dentro de la larga duración, Charles Tilly se preocupa por estudiar los orígenes tanto de las instituciones como de –y principalmente– las prácticas que los actores inventan, toman prestadas durante su experiencia histórica, o surgen de la interacción cotidiana. Logra observar, así, que entre los siglos XIX y XX las prácticas e instituciones que promueven acciones colectivas pasaron de utilizar incentivos solidarios a aquellos que se basan, en cambio, en las recompensas materiales o en la coerción, como en los casos de los gobiernos, las empresas, los sindicatos, etcétera. Al relacionar ambos elementos, el autor plantea que la acción colectiva es parte de la interacción entre las personas y los grupos; que tiene lugar dentro de los límites impuestos tanto por las instituciones como por las prácticas existentes; que los sujetos innovan y aprenden en el mismo proceso de la acción colectiva; y que cada forma de acción posee una historia, es decir, se sitúa dentro de repertorios particulares a cada actor, lugar y circunstancias (Tilly, 2000: 12-14).

Sin embargo, en lo que concierne al movimiento obrero, en el mencionado estudio sobre las huelgas en Francia entre 1830 y 1968 que realiza en coautoría con Shorter, se plantea una secuencia histórica en la que puede leerse una relación algo mecánica entre las formas de lucha y la institucionalización del conflicto. El análisis pasa de un momento de huelgas salvajes, de carácter episódico, que se prolongan por largos periodos de tiempo y son impulsadas por pequeños grupos de trabajadores, a otro en un contexto de institucionalización de los sindicatos y de los mecanismos de negociación donde las huelgas adquieren un carácter civilizado, son más frecuentes aunque de menor duración, y cuentan con una mayor participación de los obreros. En parte, esta mirada obedece a cierto prejuicio desde el cual a la organización se la entiende como algo estático, que pone freno a la espontaneidad y a la creatividad de la acción; supuesto que debería revisarse a la luz de distintos ejemplos históricos que muestran que la organización puede dinamizar los procesos de lucha.

Ahora bien, si para el principal exponente de la Teoría de las Oportunidades Políticas son los repertorios de la acción y las oportu-

tunidades políticas y no las organizaciones lo que define a los movimientos sociales, garantizando aquéllas su continuidad temporal, ello no significa que las formas organizativas que se dan a sí mismos los movimientos no adquieran importancia a la hora de explicar su continuidad en el tiempo. Si bien Charles Tilly distingue entre lo que es un movimiento y lo que es una organización, asimismo plantea que existe una vinculación entre ambas dimensiones desde el momento en que, por lo general, los movimientos incorporan a grupos o a miembros de grupos ya existentes. Por ejemplo, en su estudio sobre las huelgas francesas se muestra la mediación de la organización, ya sea esta formal o informal, en el paso del descontento y la frustración individual a la movilización colectiva.

Efectivamente, para Shorter y Tilly el descontento no produce una acción inmediata, sino que abona a la organización, que dará mayores frutos a una acción colectiva posterior, cuando el “entramado de organización” debe ser “suficiente para transformar estas percepciones individuales de las oportunidades en acción colectiva” (Shorter y Tilly, 1985: 489). En este sentido, se reconoce la existencia de una organización previa que genere o dé dirección al conflicto. De hecho, los autores discuten con quienes defienden la espontaneidad en el desarrollo de las acciones obreras cuando afirman que “la escala e intensidad de la actividad huelguística en un lugar determinado depende en gran medida del grado de organización previo de los trabajadores de dicho lugar, [así como] de la disponibilidad de una estructura que, por un lado, identifique, acumule y comunique las reivindicaciones y, por el otro, facilite la acción colectiva” (Shorter y Tilly, 1985: 408).

El elemento observable que organiza el trabajo bajo análisis son los repertorios de acción, aunque se limitan a una de las tantas formas que asume la lucha obrera: la huelga –si bien distinguen entre distintos tipos de huelga. Ahora bien, esta forma de acción expresa, en general, la confrontación capital-trabajo, omitiéndose la contabilidad– ya que no nos encontramos frente a un estudio de carácter cuantitativo –de un vasto instrumental de formas de lucha o repertorios de acción (boicot, sabotaje, ausentismo, etcétera). De este modo, si el objetivo del estudio hubiese sido analizar la cantidad y calidad de las formas de lucha del movimiento obrero y sus transformaciones en el tiempo, en este caso el resultado quedaría en una imagen distorsionada del proceso histórico.

Pasemos entonces a reflexionar más específicamente sobre la forma de lucha que los autores eligen como la más observable de la conflictividad gremial. Cuando Shorter y Tilly se refieren a la huelga como “el arma más importante en la lucha por el poder” (Shorter y Tilly, 1985: 36) lo hacen porque entienden que son los sindicatos, a través de una acción como la huelga, quienes llevan adelante directamente la lucha política contra el Estado, sin la mediación de ninguna otra forma organizativa, como podrían ser los partidos obreros en los desarrollos marxistas. De este modo, se alejan de aquellos planteamientos que distinguen entre los planos de la lucha económica y la lucha política, los cuales a su vez suponen una estrecha relación entre las distintas formas y niveles organizativos con el grado de conciencia asumido por los trabajadores. Mirada que debería complejizarse, ya que si bien las organizaciones económico-corporativas trabajan en el plano de la conciencia inmediata, a su vez los ámbitos del trabajo o del agrupamiento de los trabajadores en torno a cuestiones reivindicativas constituyen instancias fundamentales desde donde se asumen y construyen los procesos de politización.

Ahora bien, aunque las huelgas muchas veces puedan tomar un carácter político, lo cierto es que expresan preponderantemente una lucha de carácter económico que, como ya lo dijimos antes, nos permite analizar la confrontación obrero-patronal. Por otra parte, lo que la huelga como fenómeno observable difícilmente nos permite visualizar es la confrontación de carácter político que se desarrolla en el interior de la clase obrera misma: sus luchas y conflictos internos, así como entre fracciones y organizaciones gremiales.

Por otro lado, al analizar a las huelgas se recorta al sujeto de la acción, puesto que generalmente éstas nos refieren a la lucha del movimiento obrero organizado sindicalmente, marginando del análisis a las distintas fracciones de clase que no se encuentran comprendidas dentro de los sindicatos sino que están agrupadas en otras instancias organizativas, mismas que pueden iniciar procesos de lucha en ciertas coyunturas e, inclusive, enfrentarse con los gremios formalmente reconocidos por el Estado. Por ello, resulta importante comprender a la clase obrera en un sentido amplio –sin reduccionismos que la limiten a los obreros industriales o a los organizados sindicalmente–, reconociendo no sólo a sus distintas fracciones, sino también la diversidad, el conflicto y las luchas en su interior;

así como la existencia de diversos grados de conciencia, de experiencias de lucha, etcétera; y por lo tanto negando una lectura simplificadora de la realidad, que suele tomar a los trabajadores como un todo homogéneo.

Retomando el trabajo analizado, encontramos que al buscar los elementos que explican las transformaciones que se operan en las formas de lucha o repertorios de acción de los trabajadores, Shorter y Tilly observan que tanto la organización de la producción (que denominan organización externa), como la organización de los trabajadores (u organización interna) influyen en el desarrollo de las luchas —en este caso, de las huelgas. Los autores relacionan los cambios en la organización de la producción con las formas organizativas que los obreros se dan a sí mismos; y ambos elementos están articulados, a su vez, con la existencia, características y nivel de acatamiento a las medidas de fuerza. Así, mientras que los sindicatos de oficio de la fase artesanal del desarrollo industrial son descentralizados y han sido contruidos informalmente, los sindicatos industriales correspondientes a la fase de producción en serie están centralizados, burocratizados y cuentan con una débil organización en la base. Durante la fase del sector científico se produce una división tanto en la estructura como en los objetivos de la organización sindical, proceso que es acompañado por una descentralización a favor de las organizaciones activas en las fábricas.

Ahora bien, al poner en relación a las formas organizativas que se dan a sí mismos los obreros con las diversas fases del desarrollo industrial resultaría necesario tomar ciertas precauciones, ya que el desarrollo del capital en una formación histórico-social no es homogéneo en todas las ramas o sectores de la producción. Por ello, la relación directa que establecen los autores entre organización de la producción, formas de organización de los trabajadores y los “repertorios de acción” producidos por ambas debería de completarse.

En este punto, y retomando al teórico marxista K. Korsch —contemporáneo a Gramsci, aunque menos explorado—, podemos sugerir que la relación que plantean Shorter y Tilly entre formas de organización y de acción debería estar invertida. En 1927 Korsch critica, siguiendo a Rosa Luxemburgo, a quienes olvidan que la organización es un producto de la lucha, y no a la inversa (Korsch,

1979: 113). En un artículo aparecido meses después, el pensador alemán se opone a aquellos que “han conferido a la ‘cuestión sindical’ un carácter básicamente organizativo” (Korsch, 1979: 117) por prestar atención a la cuestión de la forma más que al contenido. Es decir, que el problema de la forma que asume un movimiento debe ponerse en relación con el contenido político del mismo, articulándose así el binomio contenido-forma.

Se trata de un problema que atraviesa al conjunto de las nuevas teorías del conflicto social. En general, al reflexionar acerca de las formas organizativas o formas de lucha que asumen los movimientos se resta atención al contenido de las mismas, desdibujándose una relación que con el fin de captar la complejidad del proceso social debería construirse más dialécticamente entre contenido, organización y formas de lucha, puesto que pueden llegar a existir acuerdos en torno a la forma que no necesariamente supongan el mismo contenido. Sería importante también avanzar en torno a la relación que puede establecerse entre la forma de organización interna que adopta un movimiento con sus objetivos político-estratégicos y sus tácticas de lucha, y hacerlo a partir de estudios con una fuerte base empírica, ordenados según un sistema de problemas de investigación que ayuden a conocer los mecanismos mediante los cuales se articula la relación entre estos factores en los diversos contextos históricos.

En este sentido, es desde el estudio de las experiencias histórico-concretas que podrían despejarse ciertos supuestos teóricos, como por ejemplo, si los movimientos sociales se alejan de su contenido disruptivo al asumir formas organizativas más complejas o estructuradas y formales; si la adopción de formas de lucha aceptadas por el sistema político conlleva una institucionalización o burocratización de las formas organizativas; si una mayor formalización organizativa supone una institucionalización del movimiento, ya sea en sus formas de lucha o bien en sus planteamientos político-ideológicos, entre otros.

A partir de las observaciones realizadas con anterioridad en relación con el estudio del movimiento obrero creemos necesario repensar el estudio de los movimientos sociales en general desde una perspectiva donde lo político y lo económico; lo espontáneo y lo consciente; donde tradición histórica y creación en lo que se refiere

a las formas de lucha y organización de los trabajadores no sean elementos que aparezcan escindidos sino que, por el contrario, se encuentren articulados dialécticamente, puestos siempre en relación con los diversos contextos históricos y las necesidades y problemas que se plantea el movimiento. Ello nos permite pensar que las formas organizativas y las acciones asumidas no están escindidas del contenido de la lucha, de los intereses que se defienden y, menos aún, del contexto general de las luchas de que forman parte, en una mirada compleja y totalizadora del proceso social.

Por otro lado, se torna necesario utilizar una concepción de lo organizativo entendido de manera dinámica y no como algo estático, que puede ir transformándose durante el propio desarrollo de los conflictos. De este modo, al pensar en diversas instancias y formas más o menos estructuradas que se nutren, articulan, complementan y también confrontan, pero sin ser entendidas como pares opuestos, podremos advertir cómo la forma determinada que puede asumir la organización califica o no a las acciones que lleva adelante el movimiento.

NOTAS FINALES

A lo largo de las notas precedentes nos interesó, en primer lugar, observar cómo se aborda la cuestión organizativa en un paradigma donde el eje del análisis está ubicado en los repertorios de acción que impulsan y realizan los sujetos. Nos centramos en una dupla de autores interesada por estudiar la interacción de estos dos factores en un actor social un tanto marginado dentro de los estudios actuales sobre movimientos sociales: el movimiento obrero.

Sin embargo, al adentrarnos en la propuesta teórico-metodológica desarrollada por Shorter y Tilly observamos que la misma implica la reducción de la diversidad de las formas de acción colectiva asumidas por la clase obrera a lo largo de su historia a aquella que limita el contenido de la lucha principalmente a la confrontación obrero-patronal; es decir, a la lucha reivindicativa de los asalariados por lograr las mejores condiciones en la venta de su fuerza de trabajo. De este modo, se visualiza certeramente un momento del proceso social en donde se lucha por la incorporación al sistema

social, en detrimento de aquél que rechaza o busca la superación del mismo. Ello se explica, en parte, por la centralidad que ocupa el sistema político en la Teoría de las Oportunidades Políticas, donde el objetivo que movilizaría a los distintos movimientos es el de ser reconocidos por el sistema, incidir en él o incorporarse al mismo.

Si bien el texto analizado aporta la valiosa mirada de un estudio comparativo que se ubica en la larga duración, finalmente también resulta del mismo una imagen de las luchas de los trabajadores distorsionada, que pierde riqueza y complejidad, puesto que no permite visualizar en toda su dimensión y dinámica a las luchas de carácter inter o intragremial, políticas o teóricas, que muestran la diversidad y heterogeneidad de la clase obrera, la cual no debería entenderse como un todo homogéneo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bolos, S.
 1999 *La constitución de actores sociales y la política*, Universidad Latinoamericana, México, D. F.
- Íñigo Carrera, N.
 2006- “Falacias y realidades sobre la clase obrera”, *Revista Crítica de Nuestro Tiempo*, núm. 34, pp. 53-63, Buenos Aires.
 2007
- Izaguirre, I.
 2006- “Movimientos sociales y lucha de clases. Sociogénesis de
 2007 una sustitución conceptual en el discurso académico”, *Revista Crítica de Nuestro Tiempo*, núm. 34, pp. 100-115, Buenos Aires.
- Korsch, K.
 1979 *Sobre la teoría y la práctica de los marxistas*, Ágora, Salamanca.
- Köhler, H. *et al.*
 2007 *Manual de la sociología del trabajo y de las relaciones laborales*, Delta Publicaciones, Madrid.
- McAdam, D., J. McCarthy y M. Zald
 1999 *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Istmo, Madrid.
- Pérez Ledesma, M.
 1994 “Cuando lleguen los días de la cólera. Movimientos sociales, teoría e historia”, *Zona abierta*, núm. 69, pp. 51-120, Madrid.
- Shorter, E. y Ch. Tilly
 1985 *Las huelgas en Francia, 1830-1968*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- Tilly, Charles
 2000 “Acción colectiva”, *Apuntes de investigación*, núm. 6, pp. 9-32, Buenos Aires.
- Vilas, C.
 1995 “Actores, sujetos, movimientos. ¿Dónde quedaron las clases?”, *Sociológica*, año 10, núm. 28, pp. 61-89, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, México, D. F.